

## EL DERECHO A ERRAR: REPRESENTACIONES Y DISCURSOS DE/SOBRE LAS MUJERES POLÍTICAS EN EL SIGLO XXI

Mariana Libertad Suárez<sup>1</sup>  
marisuarez@usb.ve

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

Fecha de recepción: 11 de mayo de 2013

Fecha de aceptación: 30 de junio de 2013

### Resumen

La brevedad del espacio dedicado a este trabajo impide que tengan en cuenta algunos matices interesantes; no obstante, este diálogo, desde su propuesta inicial permite reconocer cómo la tecnología del género sigue determinando la conducta de las mujeres políticas, incluso cuando ellas han llegado a ocupar importantes lugares de poder. La participación de las mujeres en el espacio público y, más aún, en la toma de decisiones que involucran a todo un país, alerta y –si se quiere– resucita una vieja moral social que en términos jurídicos se decía superada desde la década de los sesenta.

**Palabras claves:** tecnología de género, participación de las mujeres, toma de decisiones.

### Abstract

The brevity of the space dedicated to this work prevents taking into account some interesting nuances; however, this dialogue from its initial proposal can recognize how technology gender continues to determine the behavior of women politicians, even when they have come to occupy important places of power. The participation of women in public space and, even more, in making decisions involving the whole country, if you will-alert and revives old social morality in legal terms was said surpassed since the early sixty.

**Keywords:** technology gender, women's participation, decision making.

---

1 Profesora del Departamento de Literatura de la Universidad Simón Bolívar (Valle de Sartenejas – Venezuela). Recibió el premio de autores inéditos de la editorial Monte Ávila en el género de ensayo y una mención del Premio Temas, en la categoría: «Estudios sobre arte y literatura», (La Habana, 2006). Ha publicado diversos artículos académicos sobre la escritura de mujeres y es autora del libro *Criaturas que no pueden ser: narradoras venezolanas en el postgomecismo* (Monteávila editores, 2005).

Lula dizia que não tinha o direito de errar, porque se errasse, jamais outro operário chegaria à presidência. Eu digo o mesmo: se me tornar a primeira mulher presidenta também não poderei errar e não vou errar. Aprendi muito trabalhando ao lado do presidente que fez o melhor governo de nossa história. Participei de todos os projetos que colocaram o nosso país no rumo certo. Sei o que fazer para o Brasil avançar ainda mais

*Dilma Rousseff*

**C**on estas afirmaciones, Dilma Vana Rousseff, actual presidenta del Brasil, se exhibía ante su electorado. Se trataba de un discurso en el que ella se asumía como sujeto político representante de un colectivo marginado -por varios siglos- de los espacios de poder. Se mostraba, además, como un indiscutible sujeto del conocimiento; sin embargo, ella -«la primera mujer»- no hablaba sólo de sus aspiraciones presidenciales sino también de un cambio discursivo, social e, inclusive, afectivo que se produciría en su país, si los electores se decantaban por su propuesta. Establecía públicamente un doble compromiso, pues de ganar -al igual que su antecesor, Luiz Inácio Lula da Silva-, Dilma no sólo estaría al servicio de la nación sino también del grupo social acotado que representaba.

A simple vista, el discurso de Rousseff no pareciera distanciarse demasiado de otras campañas electorales que acontecieron en América latina durante el intersiglo XX- XXI; no obstante, si se tiene en cuenta que este spot se produjo tan solo nueve décadas después del momento en que una mujer latinoamericana ejerció por primera vez el derecho al voto, el proceso de autorrepresentación de esta -por entonces- candidata a la presidencia revela algunos matices dignos de atención. En principio, hay que destacar que la intervención es protagonizada por una subjetividad que tan solo un siglo atrás era ilegible e irrepresentable, por tanto, el pronunciamiento conserva importantes trazas de las negociaciones y los pulsos que debieron protagonizar las políticas latinoamericanas en las últimas décadas.

*Esto es extensible a los otros países de la región donde la identidad de la «mujer presidenta» también constituía una novedad. La pugna entre el deseo de participación y la exigencia de algunas marcas conductuales se muestran - con sus especificidades, claro está- frecuentemente en las representaciones y autorrepresentaciones inscritas en las campañas de las otras dos sudamericanas electas: Michelle Bachelet, quien gobernó en Chile entre el 11 de*

marzo de 2006 y el 11 de marzo de 2010; y Cristina Fernández de Kirchner, presidenta de Argentina desde el año 2007, reelecta en el año 2011. En cada uno de los casos se puede apreciar cómo el ingreso de una voz femenina al mundo político estuvo marcado por algunos elementos residuales -como las alusiones a su corporalidad, la invasión de la intimidad, la valoración del capital intelectual a partir del social y la crítica a la fragilidad o a la excesiva fortaleza- que circulaban por el imaginario latinoamericano desde las últimas décadas del siglo XIX. De igual forma, en las campañas es posible leer la posición que asumió cada una de las candidatas ante estos gestos represivos.

### I. ARGENTINA:

De los tres casos, el de Cristina Fernández de Kirchner fue el más agresivo. Además de ser mujer, esta candidata presidencial debía cargar consigo el hecho de haber sido primera dama. Esto se tradujo en que, durante su candidatura, proliferaran imágenes que reducían su identidad al estereotipo de la esposa obediente. El viernes 20 de julio de 2007, por ejemplo, apareció en *El Clarín* de Buenos Aires una caricatura de Sendra, donde dos hombres dialogaban. Uno de los personajes decía: «Aunque Cristina, por su vínculo no podrá culpar de todo al Gobierno Anterior, es posible que le endilgue a Kirchner viejas faltas del pasado», ante la pregunta acerca de cuáles serían esas faltas, el personaje respondía: «Dejar la toalla tirada... salpicar la tabla del inodoro... usarle el cepillo de dientes...».

Figura 1.



Resulta innegable que el humor gráfico ha sido, históricamente, uno de los espacios donde sobreviven con más frecuencia los elementos residuales de la cultura, sobre todo en lo referido a la representación de identidades ge-

nérico-sexuales, susceptibles de ser descalificadas; no obstante, ésta no fue la única plataforma mediática desde donde se intentó reducir la identidad

de esta política a su vínculo conyugal. En la misma edición del *El Carin* antes referida, se incluyó también un artículo de opinión firmado por Ana Barón, la corresponsal del diario en Washington, donde se comparaba a la candidata argentina con Hillary Clinton. Ahí se establecía que:

Fue Néstor Kirchner el que **decidió que Cristina fuera candidata a presidenta a dedo**, mientras que Hillary está compitiendo en la interna del Partido Demócrata con otros candidatos muy fuertes como Barak Obama y John Edwards (...) No está claro todavía cuál será el rol de Kirchner durante la campaña electoral de Cristina, pero teniendo en cuenta que durante todo este tiempo el seguirá siendo el presidente es difícil imaginar que pueda desaparecer de un día para el otro de la escena política para dejar que ella actúe por sí sola. De hecho ayer Kirchner estaba en el acto de su lanzamiento en primera fila junto a todo su gabinete. Y durante su discurso, Cristina **no hizo otra cosa que elogiar la presidencia de su marido** afirmando que si gana las elecciones no habrá cambio de rumbo económico (En: <http://edant.clarin.com/diario/2007/07/20/elpais/p-00501.htm>)

Más allá de la definición de esta subjetividad desde sus relaciones y no a partir de sus acciones -como correspondería a un/a político/a que espera ser electo/a para el ejercicio de un cargo público- aquí se establece que Cristina es la heredera de un gobierno, un sistema y una forma de pensamiento irrenunciables. Una mirada que si bien contradice las reivindicaciones solicitadas por el feminismo de la igualdad, pues pone en duda la capacidad de discernimiento de la candidata, en ocasiones sirvió para aumentar su popularidad. Basta con ver la imagen de Cristina Fernández de Kirchner inserta en los anuncios publicitarios de sus dos campañas, para notar que en el proceso de autorrepresentación generado desde una plataforma audiovisual aliada, también se usa el capital social de la candidata -derivado de su experiencia como primera dama- para construir su capital político.

El spot más representativo de este fenómeno lleva por título «La fuerza de él», fue emitido durante la campaña del año 2011. Se trata de uno de los pocos anuncios en los que no se presenta un testimonio de alguien que agradece -sin distinción entre Néstor y su esposa- el gobierno de los Kirchner, sino que se escucha la voz de la candidata. Mientras se muestran una serie de imágenes en las que Fernández aparece junto a su marido, se le escucha decir:

Yo me acuerdo de esa raza de políticos como era Néstor, que sin medir costos, consecuencias, se lanzaba a la batalla porque creía, porque tenía ideas, porque tenía convicciones. Y... y cuando uno tiene convicciones, no importa, no importa ganar o perder, lo importante es vivir y dar testimonio que uno vive para hacer honor a esas convicciones de las que está seguro, de las que piensa, de las que dice y, fundamentalmente, de las que siente... (<http://www.youtube.com/watch?v=A3n2dpVPmBQ>).

Al final, una nueva voz le informa al elector cuál es la tarjeta para escoger a la narradora como presidenta. Se resaltan en azul claro, el color de la bandera argentina, las palabras «Cristina» y «Kirchner», mientras que el «Fernández de» aparece en negro, con una tipografía mucho más delgada.

Basta con una lectura superficial de este parlamento para reconocer la multiplicación de los atributos que en las campañas opositoras le asignaban a Fernández. Aquí quedan claras, por ejemplo, la incapacidad de Cristina para tomar decisiones propias, la imposibilidad de generar ideas desvinculadas del discurso de su marido y, sobre todo, la negativa a desarrollar plataformas de pensamiento que trascendieran su experiencia como primera dama. No parece ser casual que en esta intervención, el pronombre «Yo» solo se emplee como sujeto del verbo «acordar», es decir, en términos literales la única acción que lleva a cabo Fernández como individualidad autónoma es el registro y la (re)presentación de las acciones que otros han ejecutado. De igual forma, el objeto de la rememoración es «una raza de políticos» dentro de la cual, por la distancia temporal y hasta física, ella no puede ubicarse. Así pues, el papel desempeñado por esta subjetividad en el mapa continental estaría asociado a actividades como «ver», «reconocer» y «relatar», más que a «hacer», como se espera de un presidente electo.

También resulta elocuente a este respecto el uso del pretérito imperfecto para reconstruir las acciones del grupo de Néstor. La candidata asume el puesto de una testigo que recupera las acciones —concluidas e irrepetibles— de un colectivo de sujetos modélicos o, lo que es lo mismo, aunque ella deseara asumir la actitud que les atribuye a ellos, está contando hechos que ya han concluido y a los que, como consecuencia de ello, no puede acceder. Ciertamente, hacia el final del discurso hay una tímida apropiación de las características que definen «esa raza». Una invasión que se manifiesta por medio del término «uno», que deja al descubierto la posibilidad de copiar las acciones del colectivo alabado; no obstante, la evasión de la primera persona trasluce algunas jerarquías que no se pueden vulnerar con facilidad.

## II. CHILE:

Por oposición a lo que ocurría con Cristina Fernández de Kirchner, Michelle Bachelet no apareció nunca frente a los medios de comunicación acompañada de una pareja. De hecho, opositores y simpatizantes coincidían en que su condición de mujer divorciada era algo que se debía destacar. Es decir, pese a encontrarse en una situación de vida muy distinta a la de su par argentina, la vida amorosa de la política chilena seguía teniendo una relevancia poco frecuente en el caso de las candidaturas de los hombres latinoamericanos celebradas en el siglo XXI. El 16 de enero del año 2006, en el diario *El Mundo*, aparecía un artículo de opinión de Ana Bravo en el que se indicaba:

La sucesora de Lagos es, además, **la candidata más izquierdista que haya presentado su coalición**. Pero a pesar de su reconocida militancia socialista confesaba en una entrevista que no fue solamente «ministra de los socialistas, sino de todos los chilenos», y que, si se convertía en presidenta, como finalmente ocurrirá, lo será «de todos los chilenos».

Consciente de lo extraordinario de su situación, Michelle Bachelet insiste en los profundos cambios sociales que viene experimentando su país: «Estamos siendo testigos del fin de la mentalidad poco abierta, **el fin de la cultura de la arrogancia**. Nuestros jóvenes nos demuestran que la igualdad en dignidad y derechos no es un mero slogan». Por ello, aboga en su programa electoral por una política continuista con su antecesor y se plantea dar más relevancia a las políticas sociales.

Y sus palabras se traducen en su estilo de vida. Separada y madre de tres hijos fruto de dos relaciones diferentes, **Bachelet se confiesa agnóstica (en una sociedad profundamente católica que no ha tenido hasta 2004 una ley del divorcio) y sin tiempo para buscar pareja.** (<http://www.elmundo.es/elmundo/2005/12/10/internacional/1134222473.html>)

Pese a que se trata de un texto laudatorio, es innegable que para la periodista, las convicciones ideológicas de la candidata no se separan claramente de su vida personal. Lo que aunado al hecho de que se les pide a los chilenos que sean lo suficientemente humildes –no sabios, no racionales, no inteligentes, ni tan siquiera emocionales, sino humildes- como para escoger una presidenta con este perfil tan poco ortodoxo, revela que a diferencia de lo que ocurría con Fernández, aquí no se estaba solicitando

una apuesta por la herencia, sino un reclamo de justicia que implicaba cambios estructurales.

Se podría decir entonces que la candidata argentina reconocía como válidas las estructuras represivas que mantenían a la mujer política lejos de los espacios de poder y pese a que —o quizás precisamente porque— admitía su lugar de subordinación en el espacio público, consiguió acceder a la presidencia. Mientras que la candidata chilena exigía cambios en la manera de leer a la mujer política y, desde su dificultad para adaptarse a ciertas normas sociales, propuso una plataforma de interacción alternativa.

Evidentemente, las respuestas ante este planteamiento debían ser mucho más agresivas que las recibidas por Cristina Fernández de Kirchner. En el caso de Bachelet, además, las representaciones mediáticas no estuvieron vinculadas con las relaciones de poder en la intimidad hombre-mujer, sino que violentaron directamente la representación del cuerpo de la candidata. En algunos casos se hacía referencia a su sobrepeso, en otros a su escasa belleza física y en otros tantos se hicieron montajes fotográficos que alteraban el aspecto general de su cuerpo. Aunque la enumeración pudiera ser infinita, para efectos prácticos se tomarán dos ejemplos, uno aparecido durante su gobierno y otro de reciente data, publicado a partir del rumor de una nueva candidatura. Las dos imágenes circularon en la red y fueron reproducidas en distintas páginas dedicadas al humor como [revistaajiverde.cl](http://revistaajiverde.cl), <http://www.elcachondeo.cl>, [laonchapuncha.com](http://laonchapuncha.com), etc.

La primera de las imágenes (fig. 2) cuestiona la actitud de Bachelet frente a la construcción de la planta termoeléctrica de Campiche. El caso fue muy polémico pues, por primera vez en la historia, se edificaba una obra de esta naturaleza en un área verde. Diversos medios de comunicación acusaron a la presidenta de burlar los señalamientos de la Contraloría y la Corte Suprema que prohibían la construcción de la central, pues ella modificó la ley, mediante decreto supremo, el día 31 de diciembre de 2009, es decir, cuando estaba por terminar su mandato. Este cambio inesperado permitió que la empresa AES Gener llevara a cabo su proyecto aunque los habitantes de Puchuncaví se opusieran al mismo.



Figura 2

Sin hacer una revisión demasiado exhaustiva del caso, es fácil encontrar argumentos ambientales, climáticos, nacionalistas, históricos y ecológicos suficientemente sólidos como para desacreditar la decisión que tomó Michel Bachelet respecto al tema. Aún más, al pensar en la campaña de la candidata podría acusársele de no haber cumplido con las premisas básicas de conciliación y respeto a la alteridad que marcaron su candidatura; no obstante, la condena hacia la actitud se manifiesta por medio de la profanación de su cuerpo, el cual -empleando una metáfora popularizada desde el siglo XIX- queda reducido a una imagen pornográfica.

Este montaje muestra a la presidenta de Chile al servicio –no ya económico, sino sexual- de los intereses de las transnacionales, lo que hace obvio –y lo será mucho más tras revisar el siguiente ejemplo- cómo la subjetividad de la mujer política desencadena, aún en la actualidad, la recuperación y la recarga semántica de los modelos correspondientes a un régimen social superado, al menos en el papel, varias décadas atrás. Pareciera, a simple vista, que esta decisión -que en caso de haber sido tomada por un hombre podría descalificarse por su matiz ideológico- al ser tomada por una mujer, se convierte en una consecuencia de la irracionalidad y la hipersexualidad.

Esta postura, alimentada además con la reiteración del poco atractivo físico de Bachelet, explica por qué se produjo una segunda imagen (Fig. 3), en la que se emula un anuncio del sitio de venta en línea «Mercado libre». Ahí se ofrece una «Muñeca inflable de Michel Bachelet». El cuerpo cuestión está completamente desnudo, la cavidad que correspondería al orificio vaginal se encuentra sobreexpuesta, mientras que los anteojos y la banda presidencial funcionan como atributos del personaje. Es importante destacar que se presenta como un artículo «usado», inscrito en la categoría de «juguetes eróticos». Pudiera ser hasta redundante volver sobre la objetivación del cuerpo de la mujer política, cuya exposición pública es penada con la negación de su humanidad. Es decir, con esta representación se estaría recuperando la



Figura 3.



máxima decimonónica según la cual, si una mujer sale del espacio privado, su voz y su cuerpo pueden ser tomados por cualquiera. Por ello, más allá de la referencia a la cosificación, resulta necesario pensar cuáles son los elementos del discurso de la presidenta que provocaron la agresión hacia su cuerpo.

La campaña de Michelle Bachelet estuvo articulada por el eslogan «estamos contigo». En uno de los anuncios más emblemáticos, se le escuchaba afirmar a la candidata:

Nací y desde entonces una pregunta despierta conmigo todas las mañanas: si estoy aquí ¿Qué más puedo hacer por todo lo que me rodea? De mi madre, Ángela, arqueóloga, aprendí entre muchas cosas que el pasado es un gran libro que quien lo sabe leer puede entender mejor el presente. De mi padre, Alberto, militar, que la verdadera batalla es contra todas aquellas cosas que no nos dejan ser quienes queremos ser, en paz y dignidad. Soy médico, sé que las heridas sanan, lo he visto muchas veces, quizás por eso un día me dieron la oportunidad de probar que mi vocación podía llegar a más gente. En el Ministerio de Salud tomé la misión de proteger a todos los ciudadanos de Chile por dentro y, cuando todavía me quedaba camino por recorrer, pasé al Ministerio de la defensa, tenía en mis manos la posibilidad de colaborar en sanar la herida más profunda que ha dividido a este mi país. Y tal como vi a Chile enfermo, también lo vi sanar. Soy una chilena, ni más ni menos, jamás he dejado de hacer lo posible para lograr que mi país sea el país que sueño para mis hijos. Quizás por eso hoy, sin imaginarlo ni pedirlo, me encuentro con la tremenda responsabilidad de ser la depositaria de la confianza de muchos de ustedes y no voy a defraudarlos. Los convoco a que juntos hagamos ese anhelo realidad. Estoy preparada, estoy lista, estoy contigo (<http://www.youtube.com/watch?v=4EF8dsHKG50>)

Las imágenes que acompañan este discurso recuperan distintas escenas de la vida de Michel Bachelet. Se le ve durante su infancia, posando junto a los personajes que menciona y ocasionalmente desempeñándose en los cargos a los que hace alusión. Entre los videos y las fotografías se insertan anuncios de periódico o algunos titulares en los que se aporta información adicional. Se indican sus logros como Ministra de Salud: «Partió campaña para líneas 800 en consultorios», «el 97, 8% se vacunó contra la influenza»,

«Ministra de Salud: el 70% de las colas está resuelto»; se citan algunas máximas de su ejercicio profesional: «Fijar plazos y metas ambiciosas es bueno» y, finalmente, se habla del hecho inédito que la inscribe en la historia de las excepciones: «Por primera vez en América latina una Mujer Ministra de Defensa».

Se podría afirmar entonces que si bien la mujer política asume la voz en este spot, lo hace para negar su especificidad por medio de aseveraciones como: «soy una chilena ni más ni menos», «el país que sueño [no para mí sino] para mis hijos» o «sin imaginarlo ni pedirlo», mientras que le deja al discurso de un gran otro, simulado en la objetividad de los titulares, el enunciado de los logros que, de algún modo, constituyen su capital político. En este sentido, si bien el espacio de identidad que cede Bachelet a los lugares de poder tradicionales nunca será ni tan grande ni tan fundamental como el que se niega a asumir Cristina Kirchner, sí deja un espacio para cuestionar que la decisión de dedicarse a la función pública sea del todo su responsabilidad.

Por eso mismo, la descalificación del discurso de la presidenta argentina, en este caso, se traslada hacia la materialidad de un cuerpo que si bien no habla, sí ejecuta acciones que atentan contra la razón patriarcal, con lo cual, se desencadenan más representaciones con una carga disciplinadora mucho mayor.

### III: BRASIL

El caso de Dilma Rousseff es quizás el más interesante de los tres, pues se trata de una mujer que no contaba con capital social, ni cultural para erigirse como sujeto político; sin embargo, como se ve en el fragmento de su discurso citado al comienzo de este texto, de las tres presidentas, ella es quien asume la posición más central frente a los electores. Su trayectoria como funcionaria pública y el hecho de haber experimentado en carne propia la persecución y la tortura evidencian que ella había sido leída como sujeto político mucho antes de postularse a la presidencia, por eso, ella sólo estaría invirtiendo la carga de la prueba para construirse como mujer presidenciable.

Uno de los alegatos presentados con más frecuencia para descalificarla fue su cercanía ideológica con Lula, un nexo que la podía hacer ver como una prolongación del expresidente (fig. 4 y fig.5). Es decir, la lectura de este personaje público sería muy cercana a la que se hizo de Cristina Fernández de Kirchner y, de algún modo, ambas presidentas consiguieron capitalizar esta vinculación con una figura masculina de la política de su

país; no obstante, mientras que la presidenta argentina remarcó su papel de esposa, aprendiz y acompañante, la brasilera equiparó las condiciones vitales de ambos –Lula fue el primer obrero y ella la primera mujer-, pese a que la experiencia de cada uno de ellos fuera una fuente de conocimiento por sí misma.

PT E A CANDIDATA PERFEITA



Figura 4.



Figura 5.

Aunque el cuerpo de Rousseff también haya sido alterado, como ocurrió con el de Bachelet, no deja de ser interesante que se deseche la sexualidad como punto nodal de la caricatura. A simple vista pareciera que el amparo masculino –en cualquiera de sus variantes- si bien puede ser usado para descalificar alguna postura política en particular, también es un elemento tranquilizador, que apacigua el carácter deseante y, por extensión, amenazante de cualquier mujer. Esto también podría explicar, al menos parcialmente, por qué si al igual que la presidenta chilena, la brasilera se había divorciado dos veces, su estado civil fue poco o nada mencionado dentro de la campaña presidencial. Una explicación posible es que la cercanía con el presidente Lula le restaba autonomía a la imagen de esta presidenta y, por tanto, la hacía más amigables frente al imaginario latinoamericano, la otra es que en las pocas referencias que se hacía del segundo divorcio, se establecía que Dilma había sido una mujer «traicionada». En ambos casos, la moral cristiana podía disculpar la existencia de esta figura en el mapa político continental.

Otro rasgo distintivo de la campaña brasilera es que la voz de la candidata no funciona como fondo para su representación como sujeto

excepcional, ni para la reconstrucción de su vida familiar, sino que está inserta en un video donde sólo se le ve a ella, dentro de una oficina, hablándole directamente a la cámara. Es decir, al comparar los tres casos, pudiera afirmarse que Rousseff encarna la figura más sólida y, como consecuencia de ello, menos cuestionable desde la lógica que operaba en la política latinoamericana de comienzos del siglo XX. De alguna forma, este anuncio obliga a quienes lo reciben a argumentar en contra de su propuesta y, aunque resulte inevitable el intento de ridiculizar a la presidenta, ella no abandona nunca el lugar de la racionalidad.

#### IV. SUDAMÉRICA:

Pareciera pues que aunque desde 1961 en todas las naciones latinoamericanas las mujeres pueden ser electas para re-presentar propuestas políticas o, lo que es lo mismo, pueden ser delegadas por la voluntad popular para tomar decisiones que involucren a un colectivo, no tienen autoridad ni autonomía suficientes para autogenerarse. Es decir, no cuentan con la legitimidad necesaria para construirse como subjetividades y confrontar, desde la identidad elegida, cualquier imagen generada en otro campo o en otra área de debate. Se podría decir incluso que las perspectivas promovidas desde la publicidad y los medios impresos se integran de manera irremediable –en ocasiones, hasta el extremo de duplicarse– en el discurso de las sudamericanas que ocupan espacios de poder. Se podría decir que pese a la materialidad de sus candidaturas, ninguna de las tres políticas ha conseguido que se le lea sin considerar las metáforas de esposa, amante, madre o alegoría de la Patria.

Tras la revisión de las tres campañas, además, se pueden detectar diferentes posiciones posibles en el mapa político continental:

1. El enunciado individual que implica cierto riesgo al castigo y a la violencia, entendible como una actualización de la experiencia sufragista de varias décadas atrás;
2. La autoinscripción en un estereotipo manejable dentro del imaginario continental que le resta peligrosidad a las decisiones tomadas;
3. El juego con el orden del discurso<sup>2</sup>, a partir del cual la tríada sujeto-enunciado- circunstancia de enunciación se alterna y da cabida a la

---

<sup>2</sup> En su ensayo, Michel Foucault recuerda que: Se sabe que no se tiene derecho a decirlo todo, que no se puede hablar de todo en cualquier circunstancia, que cualquiera, en fin no puede hablar de cualquier cosa. Tabú del objeto, ritual de la circunstancia, derecho exclusivo o privilegiado del sujeto que habla: he ahí el juego de tres tipos de prohibiciones que se cruzan, se refuerzan o se compensan, formando una compleja malla que no cesa de modificarse (Foucault, 1983: 11-12).

mujer nueva que pueda en ocasiones penetrar y en otras intervenir las estructuras patriarcales.

La heterogeneidad de posiciones invita a preguntarse entonces si realmente la llegada al poder de una mujer en América latina supone una ampliación de los espacios de participación política o si, por el contrario, acusa la existencia un nuevo territorio de producción de identidades femeninas que conduce al borramiento de las voces individuales. Del mismo modo, estos dos posibles escenarios hacen pensar en cuál es el feminismo que se requiere en la Región y cuáles son los alcances de estas nuevas formas de pensamiento. Por ahora, una de las tareas pendientes sea la procura de un marco epistemológico que permita leer desde una perspectiva menos ortodoxa la presencia de una mujer en un territorio de poder, legal y legítimamente accesible para cualquier individualidad que detente la condición de ciudadanía.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- De Lauretis, T. (1996) «La tecnología del género». En: *Revista Mora* Nº 2, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. P. p. 6-34.
- Foucault, M. (1983) *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets editores.
- Lamas, M. (comp.) (2000) *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México D.F: Programa Universitario de Estudios de Género - Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nancy, J. (2005) *La representación prohibida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Traversa, O. (1997) *Cuerpos de papel. Figuraciones del cuerpo en la prensa 1918-1940*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Violi, P. (1990) «Sujeto lingüístico y sujeto femenino». En: Colaizzi, Giulia (edit.) *Feminismo y teoría del discurso*. Madrid: Cátedra.